

Los chicos del exilio, de D. Guelar, V. Jarach, B. Ruiz

Editorial El País de Nomeolvides

Alberto Grinberg

Las autoras de este libro: Vera Jarach, Madre de la Plaza de Mayo y las psicólogas Diana Guelar y Beatriz Ruiz narran a través de entrevistas y testimonios las historias de adolescentes argentinos que tuvieron que exilarse durante la dictadura militar de los años setenta.

Evidentemente no se trata de un libro que tenga relación directa con el psicoanálisis ni que esté dirigido a profesionales de la salud mental. Trata de la vida, la muerte, la adolescencia, el sufrimiento, la salud, la amistad. Por estas y otras muchas razones creo que puede ser de interés para los lectores de Intercanvis.

El escrito que sigue es el texto de mi intervención en la presentación del libro en Barcelona.

Lo primero que quisiera destacar es que *Los Chicos del exilio* es un libro útil, necesario y sobre todo saludable. Saludable en tanto ejercicio de salud.

Lo digo porque aborda un tema muy difícil, muy doloroso, y lo hace ayudando a recordar, a comunicar, y a entender. De una forma no muy alejada de nuestras prácticas terapéuticas, busca poner palabras donde había silencios, busca recuerdos donde había olvidos, ayuda a ordenar vivencias confusas.

El primer y gran mérito de las autoras creo que es el haberse atrevido a escribir este libro, haberse animado a remover el pasado, lograr hablar de los episodios más duros y tristes, en suma volver a adentrarse en los años de la represión y contar la historia, muchas veces olvidada, de los jóvenes que se vieron brutalmente empujados al exilio.

El segundo mérito es la forma que escogieron para esta tarea. Recogieron testimonios, hicieron entrevistas, recuperaron viejas cartas, es decir que permitieron a los propios protagonistas, los que fueron chicos del exilio, hablar y contar sus experiencias. Los relatos en primera persona y las distintas reflexiones que cada uno de ellos hace sobre los efectos del exilio en su vida, dan al libro una enorme riqueza y autenticidad.

Me pareció especialmente interesante el

capítulo de las cartas escritas en los primeros años de exilio. Son unos documentos excepcionales porque nos permiten hoy «escuchar» directamente a los adolescentes de entonces (qué decían, cómo se sentían, cómo eran capaces de explicarlo).

¿De qué nos habla *Los chicos del exilio*? Nos cuenta historias de adolescentes normales inmersos en una situación excepcionalmente grave y traumática. El libro tiene la virtud de permitirnos contextualizar psicológica y socialmente la evolución de estos jóvenes. Nos relata sus infancias, sus historias familiares, sus inquietudes, el compromiso social y político que van asumiendo. Vemos cómo se van enfrentando a una represión que se vuelve más feroz de lo que nadie había imaginado, cómo se debaten con sus miedos sus dudas... En la mayoría de los casos presentados, hay situaciones de extrema violencia, muchas veces trágicas como la desaparición de familiares y amigos y la persecución a la que se ven sometidos, que finalmente les lleva a tomar el camino del exilio para salvar sus vidas.

La pregunta que todos nos hacemos y que las autoras van formulando a lo largo del libro es la siguiente:

¿Cómo enfrentaron, aquellos adolescentes, en condiciones tan extremas, la crisis del exilio?

Vale la pena detenernos un momento y pensar acerca de estos dos elementos que aquí se conjugan: *exilio y adolescencia*.

En relación con el hecho migratorio, escribí en otra ocasión que: «el exilio constituye una forma especial de migración en la cual todas las pérdidas y duelos inherentes al abandono del país deben tramitarse en un contexto interno y externo altamente desfavorable. Por su carácter forzoso, perentorio y a veces clandestino, la partida de los exilados suele carecer de despedidas» (Esto es importante porque la falta del tiempo necesario para despedirse internamente de la gente, de los lugares etc, así como la ausencia del ritual concreto de la despedida van a constituir obstáculos a la hora de elaborar la partida y tomar conciencia de la propia situación.)

Ahora bien ¿qué impacto tiene una crisis

como la que supone el exilio cuando ocurre en la adolescencia, etapa de la vida caracterizada precisamente por la crisis?

Deberíamos empezar por diferenciar distintos tipos de crisis. Existirían crisis normales y crisis patológicas o crisis internas y crisis externas. Se habla de la crisis de la adolescencia como ese momento caracterizado por la intensidad de los cambios físicos y psíquicos que debe atravesar una persona y que le supone un trabajo y un esfuerzo extra. Podemos pensar que en principio para este tipo de crisis «normal» el adolescente está preparado, tiene los recursos para, mejor o peor, hacerle frente. La cuestión es más compleja cuando la crisis se desencadena por un conjunto de acontecimientos que provienen del afuera, para los cuales no existen dispositivos de respuesta adecuados.

En resumen podemos decir que la evolución normal del adolescente con sus avatares normales, sufrió el impacto de una situación traumática como es el exilio capaz de trastocar y alterar el orden natural de los acontecimientos. Este nuevo contexto traumático va a involucrar e incidir en todas las áreas y aspectos de la personalidad, y especialmente en todos aquellos que se movilizan y eclosionan en la adolescencia.

Quiero significar con esto que temas tan fundamentales en esa época de la vida como la autonomía o la rebeldía, los sentimientos de pertenencia y de identidad y muchos otros, se verán enormemente condicionados por los efectos de la migración. Por poner sólo algunos ejemplos: el cambio de amigos, intereses o ambientes que ocurre naturalmente en esta edad se ve superpuesto al cambio brusco de lugar, idiomas y costumbre. El proceso de independizarse gradualmente de los padres se trastoca completamente para un adolescente que se ve obligado, (allanamiento mediante), a dejar su casa familiar y marchar a un país extraño en 24 horas.

Las pérdidas y el duelo por lo conocido (así como el temor frente a lo nuevo), que son vicisitudes habituales en la evolución de todo adolescente, tendrán en los exiliados un sello especial: el de la muerte, la violencia, la brusquedad y la imposición.

Las autoras inciden precisamente en estos temas preguntando a los entrevistados acerca de sus sentimientos y sus vivencias, particularmente en relación con la maduración y la regresión, con el desamparo, la contención, la soledad.

Pero, ¿qué responden hoy aquellos chicos del exilio? Cuentan mucho, hablan de su pasado con sinceridad y lucidez. Yo sólo voy a detenerme en unas pocas cuestiones:

Me pareció interesante observar cómo se referían al exilio, que palabras elegían para significar ese momento de sus vidas

«Creo que nuestra adolescencia se quebró...»

«me partió el alma»

«La vida cortada, hachada»

«la marca del exilio es una marca dura, nunca termina el exilio...»

Como vemos, el exilio aparece como un punto de ruptura que crea una profunda brecha o discontinuidad en la historia personal, asociada a vivencias de desgarramiento y fragmentación. Supone una brusca desorganización y por tanto un ataque a los sentimientos de identidad e integración.

Sabemos que el exilio es en diversos sentidos un punto sin retorno aun para los que retornan. Quedan planteados muchos interrogantes acerca de las consecuencias del exilio: ¿qué tipo de marcas deja, qué secuelas, o qué cicatrices? ¿Es realmente para siempre? ¿Es posible des-exilarse completamente? ¿Qué efectos se transmiten a la siguiente generación?

Ahora bien, siguiendo longitudinalmente las trayectorias, vemos que la mayoría de los testimonios y entrevistas, (así como mi propia experiencia y observación) dan cuenta de una evolución favorable a pesar de los dramas vividos. Con mayor o menor dificultad, con mayor o menor sufrimiento, en más tiempo o en menos, casi todos nos hablan de haber alcanzado niveles de estabilidad y satisfacción personal adecuados.

Surge la pregunta: ¿cómo fueron capaces de reorganizar sus mentes y reencauzar sus vidas?

Es evidente que una situación tan amenazante como la experiencia del exilio, moviliza en cada persona toda una serie de mecanismos de respuesta para hacer frente a la crisis y puede poner en juego recursos excepcionales de supervivencia.

Yo me preguntaba, entre tantos elementos adversos, ¿qué factores pudieron jugar un papel a favor de la salud?

Resulta sumamente difícil cualquier intento de generalización que descuidara la singularidad de cada persona con sus características propias, con su historia. Las posibilidades de elaboración, de adaptación o de tolerancia son algunas de estas variables individuales. Sin embargo muchos de los relatos hacen hincapié en un hecho común: en el buen aprovechamiento de los recursos sociales disponibles. Así vemos, por ejemplo, como las relaciones entre amigos devienen cuasi fraternas en sustitución de los vínculos familiares ausentes,

los adultos que habían emigrado y sus casas funcionando como hogares adoptivos o al menos como referente para los que tenían los padres lejos. También en muchos casos se aprende a optimizar las posibilidades de comunicación con los familiares y amigos a pesar de las distancias. Las cartas, el teléfono y las cortas visitas definen nuevas formas de relación, limitadas, pero importantes para el mantenimiento de los vínculos.

Estos y otros elementos son rescatados en distintos testimonios como aquellas cosas que les ayudaron a sostener y soportar las primeras épocas al tiempo que se iba consolidando la integración al nuevo país y se generaban nuevas relaciones con el lugar y con su gente.

Hay amplio consenso en afirmar que la adolescencia es una época muy «mala» para la emigración y para el exilio. (La vulnerabilidad de los jóvenes está incluso apoyada por estudios que muestran altas tasas de morbilidad.) Sin embargo creo que también existen algunas características específicas de los adolescentes que, canalizadas adecuadamente, podrían, en algunos casos, ayudar a enfrentar este tipo de crisis. Pienso en la capacidad de adaptación, en la capacidad de generar cosas nuevas, en la curiosidad, en el espíritu de aventura, en cierta fuerza vital que a veces puede ser el motor que ayude a seguir adelante sobreponiéndose a las derrotas.

Decía al comienzo que era un libro de adolescentes normales inmersos en una realidad que les desbordaba.

Lo explica perfectamente esta frase: «Creo que nuestra adolescencia se quebró, tuvimos que afrontar situaciones de adultos, problemas de adultos... pero seguíamos con cosas de adolescentes».

En las cartas, en algunos párrafos, emergen felizmente esas «cosas de adolescentes». Breves comentarios sobre el amor, el sexo, la música o la aventura, nos muestran que continuaban siendo adolescentes vitales, aun en medio de tanta muerte.

Me hizo recordar a Anna Frank. desde la terrible

situación en que se encontraba era capaz de escribir *también* sobre su crecimiento, sobre las peleas con sus padres, o sobre un romance, es decir sobre cosas «normalmente» adolescentes.

Para terminar quisiera felicitar y agradecer a las autoras y a todos los que participaron en este libro. Declaran que su intención es que esta obra «cuenta y haga recordar» y pienso que lo han logrado plenamente: *Los chicos del exilio* constituye un gran estímulo para la memoria individual y colectiva.

Seguramente movilizará emociones distintas en cada uno de nosotros y despertará diferentes recuerdos según cuales sean nuestras experiencias y trayectorias. Las historias que cuenta se entrecruzarán y multiplicarán con las de muchos de sus lectores

Tendrá sin duda muchas lecturas, no será igual leerlo desde Argentina que desde aquí, y en Barcelona, por ejemplo, no tendrá las mismas significaciones para quienes un día nos exilamos que para aquellos que hace años nos vieron llegar. Serán miradas complementarias y enriquecedoras.

Estas historias dramáticas forman parte de un drama histórico más amplio que en este caso se llama terrorismo de estado en Argentina, con sus muertos, sus desaparecidos y sus exilados. Estas historias son, en este sentido, un testimonio y una advertencia. Testimonio de que esto realmente ocurrió y advertencia de que esto no debe volver a pasar, nunca más.



Alberto Grinberg

Av. República Argentina, 177, 5º 4ª
08023 Barcelona

E-mail: algrin@wanadoo.es